

Los dibujos de Laurita

por Manuel Mije

Laurita le encantaba dibujar con los lápices de cera. No podía resistirse al placer que le producían con su suave deslizarse sobre el papel, con la brillante estela de color que marcaba su paso. Lo que más le gustaba del colegio era cuando la señorita Remedios repartía las ceras y ella podía abandonarse a su pasión, dejando libre la mente, la inspiración, el alma.

Cierto día, la señorita Remedios empezó a preocuparse por lo que salía de Laurita cuando ésta se rendía al irresistible poder de las ceras y el espacio en blanco; en las cuartillas se repetía irremediabilmente una silueta oscura, amenazante, grande y con las manos largas. A sus pies había manchas rojas rodeando a una figura tendida en posición fetal. Y en la esquina, como escondida entre grises trazos de sombra, otra figura más pequeña que las anteriores y cubierta con una constelación de lágrimas celestes.

Al parecer la señorita Remedios habló con don Pedro, el director, y éste hizo venir al colegio a otros dos señores muy simpáticos que se pasaron todo el día jugando con Laurita a las preguntas y a dibujar con los lápices de cera. Después de eso tuvo que abandonar el colegio, su casa y su vida, por algo relacionado con la oscura silueta de sus dibujos.

Para Laurita comenzó entonces una época feliz. Vivía con su mamá en una casa nueva, pequeña pero acogedora, y como no tenía que ir al colegio se pasaba las horas y las horas pintando. La silueta negra huyó del papel, espantada por flores rojas,

casas verdes, vacas violeta, pájaros rosa, mamás marrones, niñas amarillas...

Con el tiempo volvió al colegio, un nuevo colegio con compañeros diferentes y una profesora distinta. De nuevo se le hacían largas las horas entre su llegada a clase y esos momentos finales en los que doña Silvia repartía los utensilios de dibujo para que los niños terminaran la jornada relajados. Entonces Laurita se fundía con la fresca suavidad de los lápices de cera, y se desparrahaba sobre el papel en forma de dibujos cada vez más elaborados y bellos, sorprendentes para una niña de su edad.

Doña Silvia empezó entonces a interesarse por los dibujos de Laurita. En su pasado hubo trazos de pintora, y aunque nunca llegó a dominar el arte, sin duda aprendió a distinguirlo y apreciarlo. Solía pasarse por su pupitre y hacía comentarios acerca de esto o aquello, e incluso alargaba las clases de expresión artística para que Laurita se soltara.

Un día doña Silvia le preguntó por una extraña sombra oscura que había empezado a aparecer en los dibujos. Se la veía siempre escondida detrás de algo, un árbol, una esquina, una valla. Tenía una extraña sonrisa blanca pintada en la cara, y las manos grandes, con los dedos largos y afilados. En esta ocasión Laurita no se atrevió a decir nada y, no mucho tiempo después, tuvo que cambiar de nuevo de colegio, de casa, de vida, y hasta de mamá.



Ladrones de Atlántida

J. A. Muriel

En algún lugar del océano Atlántico, más allá de las

Columnas de Hércules –hoy nuestro Estrecho de Gibraltar–, los antiguos situaban la mítica Atlántida, inspiradora desde tiempo inmemorial de maravillosas leyendas. En el siglo XXI, el joven José Ángel Muriel se lanza a relatarnos su visión –confesadamente fantástica– de la legendaria civilización en esta atrevida y apasionante novela. *Ladrones de Atlántida* es una historia de amistad, misterio y aventuras, sobre el trasfondo del mítico continente, cuyo eje de acción se centra en las vivencias de su protagonista, Weni Imhotep, personaje real del Egipto de los primeros faraones. Miembro de una expedición comercial procedente del país del Nilo, el joven Weni arriba a la capital

atlante para una breve estancia. Azares del destino y su propio interés por conocer de cerca la misteriosa civilización, le llevan a permanecer clandestinamente, brindándole la oportunidad de conocer a un grupo de aventureros y buscavidas embarcados en una extraña y peligrosa empresa. Tomando como referencia los escasos datos conservados de los sabios griegos, y numerosos elementos históricos constatados del antiguo Egipto, Muriel recrea la legendaria cultura, completando con imaginativos detalles una interesantísima y fabulosa descripción de la Atlántida. Con envidiable desenvoltura en el dominio del lenguaje, el autor nos confía los más ricos y evocadores detalles sobre sus habitantes, su idioma, su entorno natural, sociedad y religión, así como el origen y el secreto último de su desaparición. Un apasionante y fantástico ejercicio de especulación histórica cuya lectura les sorprenderá.

Ernesto Fernández

HORNO
Al-Madain

Ayer y hoy,
elaboramos
el pan de
nuestro
pueblo

Poligono Industrial Cadessa
c/ Terral, 35
Tel 955 675 423
Fax: 955 667 286